

ción, porque ya no forma con ella un todo homogéneo, y lentamente va adquiriendo la representación de su propio valer. La necesidad de la defensa, intentísima fuerza de cohesión, que ligaba a los hombres primitivos hasta reunirlos en un todo en que se perdía la personalidad, va desapareciendo, combatida por el altruismo; y la moda, es en algunos casos, representante de ese sentimiento regenerador, y siempre su poderoso auxiliar. Piensa, Basilio, que ya no es el melenudo pellejo del león, el sombrero que ostentaba como insignia de mando el cacique vencedor, y que ya hay muchos que han conquistado el derecho de tener pudor en todo el cuerpo, ensanchando la hoja de parra que se ha trocado en estéticos jubones y en amplias o estrechas faldas de sedoso terciopelo.

Te quiere.

ARCADIO ZENTELLA.



CARTA IV.

Mi querido Basilio:

Intrincado y espeso es el breñal en que me has metido con las afirmaciones de tu última carta y con las preguntas que me haces. ¿De dónde sacas que yo soy partidario de la poligamia y por qué te desatas en denuestos contra los positivistas? Esta escuela y los masones, son la plumilla de dientes de los irreflexivos y de los necios; de los masones no ha mucho que oí en un corro de desmoldados, afirmar, que le daban de puñaladas a la hostia, escupían la imagen de Cristo y hacían indecencias con el cáliz, como si le importaran tales fruslerías a gentes tan sesudas; y te participo que no soy masón, y seguramente no lo seré, no porque

desconozca el beneficio que tal asociación ha hecho a la humanidad, sino porque su forma arcaica no está de acuerdo con mi sentir amoldado al momento histórico del último cuarto del siglo XIX, y pienso que ya pasó el tiempo del simbolismo que entrañan la Escuadra y el Compaz. Pero mira, Basilio, como me ha sacado de quicio tu carta, que me voy por los cerros de Ubeda, porque se te ha ocurrido llamarme defensor de la poligamia, y casi, casi, me llamas polígamo; ¡ojalá y lo fuera no por lo que tu supones, sino porque así estaría más cerca de Jehová, como lo estuvieron sus predilectos David y Salomón, y hasta tendría mis pláticas con él, como las tuvo el patriarca Abraham. Ya vez que no fueron los polígamos tan desairados de la Divinidad, como lo son los pobres mormones americanos, puesto que Dios, que es la moralidad en esencia, no se hubiera encariñado tanto con ellos, si la tal práctica fuera esencialmente inmoral, á no ser que la moralidad divina sea también tornadiza y se acomode a los tiempos que corren, como se acomodan las ideas netamente humanas.

Y tal es la indignación que me ha producido tu carta, que sigo erre que erre, sin lograr encausar mi pensamiento por donde debe ir para dar respuesta a tus letras. Si solamente te hubieras limitado á preguntarme qué opino de las relaciones sexuales, ya estaría contestándote. ¿Por qué te anticipas á darte la respuesta y me declaras partidario de la poligamia? Atiende si soy dócil: ya no hago caso de lo segundo, y voy a contestarte acerca de lo primero. Las relaciones sexuales ordenadas suponen una organización social cualquiera, y no pudo haber organización social sin que hubiera un grupo de individuos bastante numeroso, y este grupo no pudo existir sin relaciones sexuales, por manera que las relaciones del hombre y mujer prehistóricas, deben haber sido, poco más o menos, como las de cualquiera otra bestia. La madre naturaleza, creada ó increada, como tu la quieras suponer, es muy exquisita para hacer sus cosas y persigue por leyes inmutables fines precisos, que no son sino el resultado de dichas leyes. Por eso verás cómo en la reproducción de todos

los animales está atendida de preferencia, por tales leyes, la conservación de la especie, y la vida de los padres y la de la prole, está subordinada á este fin. Cuantos menos son los medios de defensa que tiene el descendiente, es más abundante la reproducción, para que la mortalidad no pueda dominar la vida, aniquilando la especie, ó la vida de esta se haga imposible por la exagerada reproducción; figúrate: ¿cómo estarían los mares en un corto período de tiempo, si del millar de huevos de un bacalao se lograra un diez por ciento de pececillos que llegaran á la edad adulta y lanzaran a la vida su correspondiente millonsejo. Si vas subiendo en la escala zoológica, encontrarás cómo el menor número de contingencias, a que está sujeta la prole, se relaciona con la menor reproducción: las aves, que atienden a sus polluelos mientras ellos no pueden bastarse para la lucha por la vida, se reproducen menos que el bacalao, y los animales de un orden superior, menos que las aves; y no solo esto llamará tu atención, sino que la vida adulta llega más tarde

en los que tienen más elementos para preservar a sus hijos de la muerte; a los seis meses ova la gallina, a los tres años pare la vaca y no baja de trece la época de la reproducción del hombre. Dados estos antecedentes es lógico suponer que las relaciones sexuales del hombre prehistórico, deben haber principiado al llegar á la edad nubil, y deben haber sido más frecuentes, pues entonces estaba él en condiciones muy inferiores a las del hombre actual para proteger a su prole. Por esto nuestros indígenas a los catorce años son padres de familia, y además, porque la vida inculta, que restringe el campo de sus ideas, deja más libre la fuerza intrínseca de la filoprogenitura, y buscan los goces en el ejercicio de movimientos iniciales que no han podido ser desvirtuados por la persecución de nuevos fines.

Si, Basilio, las relaciones sexuales tuvieron por punto de partida la promiscuidad, estado, seguramente, el más degradado, no bajo el punto de vista de lo que hoy se llama moral, sino de la moral de todos los tiempos,

pues tales relaciones eran las menos propicias para llenar el fin de la conservación de la especie. Es indudable que con tales relaciones la vida de la prole estaba muy poco garantizada, pues a la incertidumbre de la paternidad se unía el escaso desarrollo del sentimiento de simpatía, que en un principio fué casi nulo, y que se ha desenvuelto con lentitud tan marcada, que hasta al presente tiene muy poco valor cuando se trata de juzgar las acciones de pueblos de distintas razas. Y así ves como se comportan naciones que han alcanzado una estructura política más de acuerdo con ese sentimiento, desde el momento que tales relaciones no tienen lugar entre sus conterráneos; así los ingleses en la India, los franceses en Africa y los conquistadores en todas partes del globo, proceden como el salvaje cuyas relaciones sexuales eran promiscuas. De esa brutal relación primitiva de los dos sexos, nació la poliandría. Omitiré mi juicio acerca de la génesis de estas relaciones sexuales, pues con franqueza ninguna de las que le dan los pensadores

modernos me satisface. Comprueba Mr. Lenan con innumerables citas, que las tribus primitivas destruían la prole hembra en considerable número, tanto para no tener que mantenerla, cuanto por considerarla inútil para el combate, y de allí que la escasez de mujeres diera lugar a la poliandria. Parece exacto que por tal motivo se generara la poliandría, si no estuviera comprobado que la destrucción de las niñas no fué universal, y que donde no había escasez de mujeres, una se entregaba a muchos hombres.

Mi querido Basilio, hay otra observación que debe tenerse en cuenta para examinar esta clase de relaciones. Las condiciones del suelo y las ocupaciones a que se dedican sus habitantes, son elementos de importancia que favorecen determinadas formas de relaciones sexuales; en las regiones poco fértiles, como la estéril del Himalaya, la poliandria persiste, y, probablemente, será por muchos años la más conveniente forma de relación sexual, pues si en aquella región la especie se propagase como en cualquier otro pueblo en que

la unión monógama favorece la vida de la prole, el aumento de población traería funestas consecuencias para la sociedad; de aquí que se multiplican los conventos para sustraer un número considerable de mujeres, siendo las que quedan suficientes para mantener el equilibrio entre la producción del suelo y la producción de la prole que puede alimentar. Los pueblos pastoriles, en que un considerable número de hombres viven apasentando sus ganados a larga distancia y por mucho tiempo, ponen a las mujeres en la condición de aceptar varios maridos, de quienes alternativamente reciben los cuidados que no pueden darles los ausentes. Sea de esto lo que quieras, es un hecho la existencia de tal relación sexual, que coexistió con la poligamia, que hasta nuestros días persiste en diversas sociedades, y que indudablemente es más conveniente que la poliandria para la conservación de la especie. La génesis de esta forma de relación sexual está perfectamente determinada. En el estado de perpetua guerra en que vivieron todas las naciones para obtener la satisfacción de sus

primeras necesidades, las mujeres entraron, como todos los demás objetos del vencido, entre los bienes que formaban el botín que se apropiaba el vencedor; de allí que el tener un número considerable de mujeres fuera señal de triunfos obtenidos en los combates; y como las clases inferiores tienden a imitar a las superiores, esta clase de relaciones sexuales se generalizó más que ninguna otra, pues a su desarrollo la ayudaban factores importantes; la mujer era un timbre de gloria, y al propio tiempo que prestaba satisfacción a groceros placeres, era su trabajo productivo y acrecentaba la fortuna del dueño. Es indudable que de esta clase de relaciones data la familia, y que de allí nació la filiación paterna, pues en las otras relaciones sexuales, la madre era la que daba el nombre a la prole y los apellidos derivados del varón eran escasos, y solo se daban a hijos reconocidos de Jefes de nota, y el Oso, el León y el Águila, fueron los hijos de quienes tal nombre tenían por la azaña a que los debieran.

Por motivo de las guerras hubo tribus endógamas y exógamas, palabras que fueron inventadas por M. Lennán para expresar las sociedades que contraían matrimonio entre los de la misma tribu y las que estaban obligados a buscar mujeres entre las de otras tribus; también esta clase de relación matrimonial influyó mucho en la persistencia de la filiación femenina, pues robadas las mujeres a las otras tribus, en muchos casos ya fecundadas, era desconocido el padre, y no pudo, por consiguiente, determinarse la filiación sino por la madre.

Es innegable que la poligamia, más que las dos formas anteriores favorece la conservación de la especie, aumenta la cohesión social y tiende a establecer la filiación paterna, aunque tiene, respecto a los hijos, el mismo inconveniente que la poliandria, pues en muchos casos no son completamente hermanos sino medios hermanos; además, la mujer en esta clase de relaciones continúa siempre tenida por cosa, y está colocada en condiciones poco favorables para el desarrollo del aprecio perso-

nal que tanto influye en la educación de la prole; cuando estas ideas empiezan a modificar el organismo de la mujer, se convierten en fuente de malestar, originando los celos, que llegados a su máximum de exacerbación producen funestas consecuencias. Creo, Basilio, que fisiológicamente considerada la poligamia, en determinado momento de la evolución social, ha sido necesaria. No se puede negar que esta forma de relación sexual persiste aún de una manera vergonzante en los pueblos monógamos, y está de tal manera infiltrada en sus hábitos, que la poligamia legal, que nos causa cierta repugnancia, se tolera, y en muchos casos se aplaude en la forma clandestina, y no te digo que hasta se envidia al afortunado que logra poseer un velado serrallo, porque no creas que, para sustentar mi proposición, calumnio a los pueblos monógamos y causo escándalo a eso que llaman moralidad pública.

Aunque parece fuera del caso, quiero hacer algunas reflexiones, pues ya que de relaciones sexuales estamos tratando, no debe

omitirse nada que pueda servirnos para explicar la forma adelantada que tiene en la actualidad. Es innegable que existe en la mujer una tendencia a alejarse aparentemente del hombre, tendencia que conocemos con el nombre de reserva femenina. En todo el reino animal encontrarás esta reserva; recibe la burra a coces al garañón, la loba enseñando sus dientes blancos acomete al macho, y el lascivo cabrón fatiga por cuestras y breñales a la indefensa cabra; siempre la hembra quiere ser tomada, no consiente en darse sin presentar alguna resistencia, salvo los casos en que el celo amengue esta resistencia. No cree Sir Jhon Subbok que esta reserva sea suficiente para explicar el origen del matrimonio por la captura, y te confieso que está de acuerdo mi humilde opinión con la del autor de la nunca bien celebrada obra "Origen de la civilización" aunque pienso que ha de haber sido un factor muy importante, pues hasta el presente vemos cómo hombres brutales, seguramente más adelantados que los salvajes, apelan á la fuerza para satisfacer movimientos

pasionales de momento; lo que si es seguro, es que en la mujer envilecida, en su condición, por tal manera de poseerla, debe haber aumentado su reserva de una manera tan intensa, que hasta en la actualidad, apesar del incremento mayor de los sentimientos de simpatía, se señalan las relaciones de los dos sexos por un pronunciado alejamiento, que no es bastante a explicar la natural reserva de la mujer. Concordante con esta observación, debo hacerte la de que donde los sentimientos altruistas están más generalizados, las relaciones entre los sexos revisten una forma más franca, desprovista de enojosos remilgos y pudores afectados: allí donde el estado de la mujer, que ha seguido todas las faces del militarismo, pasando de esclava a una condición semejante a la del hombre, hasta nivelarse con él en cuanto cabe, sin convertirse en postulante para establecer relaciones materiales, se aventura más en la iniciativa. Compara a este respecto la mujer española, donde aún tiene el militarismo profundísimas raíces, con la mujer norte-americana, y donde el

industrialismo casi se ha sobrepuesto á toda estructura militar.

La monogamia es indudablemente la relación sexual más apropiada al primer fin del hombre que, como te dije en mi anterior, es el de la conservación de la especie. Es casi seguro que esta forma existió en las pequeñas agrupaciones, y cuesta trabajo comprender, cómo, si el hombre es intrínsecamente monógamo, se interrumpió esta forma de relación sexual por las otras de que antes he hablado, principalmente por la de la promiscuidad y la de la poliandria. No, encuentro, Basilio, otra explicación, y esta, te lo confieso, conjetural, que la del estado de guerra necesario a las primeras sociedades, el cual interrumpió el desenvolvimiento de la simpatía, en lo que indudablemente está fundada la monogamia. Puede asignarse a la génesis de esta forma marital varias causas concurrentes. En las tribus exógenas indudablemente los guerreros no capturaban al mismo tiempo varias mujeres, y el matrimonio tuvo que ser en un principio necesariamente monógamo; cuando la suerte

venturosa en los combates puso a los guerreros en posesión de varias mujeres, es muy probable que hubiesen tenido sus preferencias, resultantes de la mayor significación que en la tribu vencida hubiera tenido la mujer capturada, lo que aumentaba el timbre del vencedor, o por otras circunstancias a las cuales se asociase el aumento de gloria para el combatiente que obtenía la captura. Y esto mismo, Basilio, sirvió para ir desenvolviendo, o mejor, ensanchando el sentimiento de simpatía, verdadera y única fuente, como antes te he dicho, de la monogamia.

Hasta que no aparece esta forma sexual en la humanidad, no existe la familia en la verdadera acepción de la palabra; ella establece límites precisos y determinados en el parentesco; entonces los ascendientes son comunes por las dos líneas y los colaterales también tienen determinados, de manera perfecta, sus grados; la cohesión adquiere mayor intensidad y la agrupación social tiene caracteres más definidos, resultando un conjunto más homogéneo y menos expuesto a

colisiones interiores, que en todo caso debilitan la acción común. Es verdad que en muchas ocasiones los matrimonios monógamos no están basados en la simpatía, y se establecen relaciones sexuales para aprovechar la posición social, fundada en el poder, en el dinero o en abolengos noviliarios de uno de los individuos que viene a constituir la sociedad, o tal vez en el de los dos, para acrecentar por adición el valor de las uniones, y, si estas uniones, en que falta la simpatía, no son la causa primordial de la poligamia vergonzante de que antes te hablé, es seguro que son un factor de importancia para mantenerla en nuestras costumbres, sin que se sienta alarmada la sociedad. Cómo trasciende á las demás relaciones sociales esta falta de lealtad en los matrimonios monógamos, es casi inútil que te lo signifique; la falta de consideración a la sensibilidad femenina, que estamos obligados a estimar igual a la nuestra, el desorden en la hacienda y la poca unión para educar y mantener a la prole, desvirtúan los beneficios de las uniones monógamas, que en muchos casos no

solamente los reduce a la nulidad, sino que perturban hondamente la armonía de la estructura social. Esta desatención por no decirte este ataque a la mujer, son restos del militarismo que las hizo esclavas; por eso notarás, Basilio, que en las sociedades el respeto conyugal es mayor en tanto que están más separadas de la forma militar. Los ingleses y los norte-americanos son también los que con más fidelidad llenan los fines de las relaciones sexuales monógamas; ignoro si es un estado fisiológico especial de la raza sajona, pueda ser que el tal estado exista, y que en realidad sean los ingleses como vulgarmente se dice, fríos; pero de aceptar tal afirmación vendríamos a concluir que ellos son orgánicamente los mejores constituidos para realizar uniones monógamas; y como hemos probado que las tales uniones son las más adaptables a los fines sociales, resulta que esa raza está en condiciones propicias para hacer prosperar el individualismo, que es el estado más feliz a que al presente puede aspirar el hombre.

Ya ves, Basilio, que no solamente no soy partidario de la poligamia, sino que consi-

dero la monogamia como la relación sexual más apropiada, por más que aquella y la poliandria hayan tenido su razón de ser, y esta última con fundamento muy poderoso, pues la poliandria Tibetina, está prescripta, digámoslo así, por la esterilidad del suelo. ¿Qué sería de las sociedades tibetinas si por uniones monógamas se acrecentara la población, allí donde la infecundidad del suelo apenas mantiene a los que lo habitan? Lo verdaderamente inmoral serían las uniones monógamas que condenaran a perecer de hambre a una prole abundante.

Empeño tengo, Basilio, en que mis cartas no resulten muy extensas, y, así no me culpes, si solamente desfloro asuntos que piden ser tratados con mayor extensión, y vaya la deficiencia en gracia del medio ambiente donde escribo; un párrafo del periódico de medianas dimensiones te hace bostezar, y no te ofendas si te comparo a aquellos indios de quienes dice Martins que se quejan de dolor de cabeza si se les obliga a un insignificante esfuerzo mental. Te quiere tu amigo,

ARCADIO ZENTELLA.



CARTA V.

San Juan Bautista, Marzo de 1913.

Mi querido Basilio:

En no pequeño aprieto me has puesto con tu preguntita. Ella no tiene más de cinco palabras.

¿Qué cosa es la materia?

Estas cinco palabras han traído a la greña a todas las Escuelas Filosóficas, como lo puedes ver en la historia de la filosofía de Guillermo Wudt. Verdad es que todas estas escuelas filosóficas se pueden fundir, en síntesis, en dos: Dualistas y Monistas. La primera quiere que haya algo más que la materia, y la segunda, que no haya más que una sola sustancia, sin recurrir a cosas de naturalezas distintas de la materia, para explicar todos los fenómenos que ante nosotros se verifican. A este respecto dice Ernesto Hækel: Cada progreso en el conocimiento profundo de las cosas,